

ANTOLOGÍA DE NORBERTO OSVALDO ALGARIN

Norberto Osvaldo Algarin



Presentado por

Poemas del Alma 

Sobre el autor

Norberto Osvaldo Algarin. Autor de Juvencia (2014) y Canciones para Erato (2015). Nacido en Avellaneda, prov. de Bs. As., Argentina el 3 de noviembre de 1990.

Confeso entusiasta de la barroca escuela modernista cuya marcada influencia palpita en cada uno de sus versos.

Índice

Mi Delirio sobre el Aconcagua

Thánatos

Yo hoy digo el caballero...

A una brasilera

Nos, peregrinos

"Oblivious"

Afrodita

Soneto

¡Rea!

Semblanza de la humilde provinciana

El azor de Gengis Khan

Heros

Prometeo

Madrigal VIII

Diademada

Parisién

Pompadour

Acuérdate de mí

El unicornio

Amado Nervo

La canción de los piratas

Lindamira

Eco y Syrinx

Facundo Jones Huala

Edelweiss

La galena

Hastío

Inefable

Cabe en mi alma cierto influjo...

Divagación

Devaneo silvano

Urna rosa

La copa de oro

Cantata del amor pueril

Cántico

Trivialidad

Nocturno

Apóstrofe al Silencio

La morisco-argentina

Becqueriana

Esquela a una púber prendada

Onírica

Por mi ausencia

Décima Musa (a Rita Lee)

Jotabé

Íntima

Piénsame

A unos ojos moros

Nocturno

La limosnera

Númen

Ditirámica

Romántica

Trino de mar

Hay un punto en que todos convergemos...

Clichés

A Salta

Mi Delirio sobre el Aconcagua

MI DELIRIO SOBRE EL ACONCAGUA

Yo perseguía, ciego y absorto, la noble ambición que las nueve musas le ofrecían a mi estrella novicia, famélica de magnificencia. Había concebido mi genio de aeda a la cumbre del globo; pensó en su glorioso pico de siglos, en su helenismo. Seguía estoico a mi destino. No tenía tras de mí sino los cantos eternos del éter; los centauros que ha tiempo remedaran al insólito Alejandro, dignos del canto en el idioma de Homero, dos siglos ha prefijáranme el camino. Siguiendo esas plantas que habían hollado la columna inmensa e inquebrantable de la América, se posó ante mí el majestuoso Aconcagua, atalaya del continente. Y de pie ante el Pelión de los Andes, como un pensamiento de fuego de pronto me embarga, me increpa:

"Yo fui nacido, me dije entonces, para contemplar lo grandioso del Universo; me fue asignada por los Hados, sino la espada glorificada por Minerva y Marte, la pluma blanca e inmaculada como a Midas su áurico don; retengo en mi mente las obras cúlmines, imprime mi seso imágenes furtivas; el Destino me llama con sus trompas de bronce, y me guarda un solio solemne y pomposo, a despecho de mis tristes harapos. El manto de Iris será mi mortaja".

¡Estoico soy!

Y, sin manto de Iris, ni laurel, ni corona de mandar, alcé sobre mis hombros los profusos idiomas de Iberia que hablan cientos de millones de hombres y me propuse, al igual que el héroe Americano poseído por el Dios de Colombia, elevarme sobre la cabeza de todos...

2014

Thánatos

Thánatos, divino, celeste existencia,
que aquélla materia inherente a las almas,
contra fuerte brío o impetuosa ciencia,
silente y benigno y virtuoso, no ensalmas.

Thánatos, cerúleo, mirad mi corona
que es hecha de espinas y onírica cuita,
pues tengo mi alma tronchada, contrita:
no tengo ya más a esa amable persona.

Thánatos, piadoso, no encuentro motivos:
¿Por qué de los beatos -los más sensitivos-
la vida liliál, perfumada, se trunca;
y nunca la d'esos que son medio-chivos
y hampones y ruines? ¿Por qué nunca, nunca?

Yo hoy digo el caballero...

Yo hoy digo el caballero que tu mano procura.
Él tiene de Cupido el cincelado carcaje
repleto de las flechas que una ninfa salvaje
arrancó de su pecho de perenne blancura.

Montado en un Pegaso, de yelmo y armadura,
se embebe en el perfume de lauros del bosque;
le dice al ave "Canta", dice "Marcha" a su paje,
y brilla su tizona ceñida a la cintura.

La rosa más radiante él lleva en su manopla;
y en su pecho ilusiones y en sus labios la copla.
Y esos versos le cantan a tu amor, serafín;

y esos versos palpitan fulgorosos; y esos
versos van procurando tu vendimia de besos...
(Heraldo: ¡Presentadlo con tu fuerte clarín!).

A una brasilera

Ella no vino de un país cualquiera
(la hermosa rubia de rasgos de Diosa);
despegó de la nación brasilera
cual de la crisálida la mariposa.

Sol tropical, cierzos de primavera
trajo además de perfumes de rosa.
Verdes consigo se trajo quien fuera
la flor del Brasil, lis *maravilhosa*.

Esa impúber pareciera modelo
de alguna estatua de Creta o de Milo;
náyade alada que boga en el cielo,

Píndaro la alaba desde el peristilo
viéndola cómo estiliza su vuelo
de mítico estilo.

Nos, peregrinos

De temas de amor jovial hoy, mi traviesa Musa,
olímpica, os inquietan los exhaustos viajeros
que vienen de Micenas, de Egipto y Sirenusa...
Peregrinos, que en busca de amores hechiceros

vais por el globo aguzando jovial cornamusa,
o entonando rondeles, o paciando corderos:
la Musa su secreto a confesar se rehúsa;
por lo tanto continuad vuestros pasos ligeros...

Cifrad la pingüe dicha en la mujer harmoniosa
macerada de ungüentos de mi amiga, la rosa,
y de testa adornada con el lauro del día.

Yo, en triunfal caravana de una carnestolenda,
entre medio del fango, voy surcando la senda
de la dicha perenne. ¡Afrodita es mi guía!

"Oblivious"

El rey quedóse dormido
recostado en su poltrona,
y tapóle el diestro oído
su corona.

El bufón no dijo nada
a ese viejo rey risueño,
y acomodó una almohada
para el sueño...

Su testa color de plata
sentía unas mariposas
por dentro, y dulce sonata
y unas rosas.

Siente a Mab, la Reina Hada,
que cúbrelo con su velo
que es de tul y terciopelo
y sagrada.

Vio en aquél sueño azul cielo
y en él cientos de avocetas,
y en un terrible desvelo
a poetas.

Y también nubes de espuma;
y Flora de origen germano
que esplende, brilla y perfuma
el verano.

Y vio también a lo lejos
un rebaño de leones:

unos mansos, otros viejos
y campeones.

Orondos, de tul de gala,
ostentando unos diamantes,
viose tigres de Bengala
y elefantes.

Sintió algún perfume griego
en esos aires benditos.
Los rayos del Sol de fuego
infinitos.

Divisó al hada madrina
pensativa, encantadora,
diseñando para China
una Aurora.

Los colores del Poniente,
llenos de gloria y orgullo,
de donde brota y se siente
dulce arrullo.

Por un puente que es de oro,
las triunfales caravanas
con el estruendo sonoro
de campanas.

Y por las aguas serenas,
en sus pacíficas olas
van a dar a las arenas
largas yolas.

Mira cómo desfilando
pasan juntos niños ricos
y pobres entonando

villancicos.

Iban píerides sedeñas
revoloteando cabellos
de las jocosas pequeñas
y sus cuellos.

Un gran enjambre de abejas
va a formar panal de mieles
a do las plantas añejas
de laureles.

Con reverencia lo saluda
una divina doncella.
Se ve impaciente y desnuda
una estrella.

En los jardines triunfales
(con mil fragancias del mundo)
vagan los pavos reales.
Son jocundo...

Ejércitos magníficos
van luciendo sus medallas
que ganaron, pacíficos,
sin batallas.

Morriones y charreteras,
alabardas y lanzas,
engalonadas panteras
¡y Esperanzas!

.....

Nunca un sueño más hermoso
en la Historia se ha soñado.

¿Cuándo un niño abrazó a un oso
extasiado?

Todo en el dream arcadiano
ve el rey viejo cual vidente,
cuando una rosa en su mano
tibia siente.

Y despierta una trompeta
al rey del reino arcadiano,
el que en su sueño al poeta
da su mano.

Qué magnífico, halagüeño
-como un inmenso celeste-,
fue tal sueño del risueño
viejo este.

2010

Afrodita

Esa que ves, medio amorosa, medio insensata,
que en mis jardines fuera fiel numen de pinceles,
es quien concentra el rojo del rubí y la escarlata
en sus labios de fresas, de pétalos, de mieles.

Del Olimpo, donde tiene su etérea escalinata,
a regar viene mi limbo de rosas y laureles,
y sentencia a dictarle a aquella niña ingrata
sembradora en mi alma de espinas y claveles.

De la fúlgida boca del que Hefesto fue dueño,
cuya sacra influencia fue siempre extraordinaria,
saldrá mi negra adelfa o mi blanco beleño...

Venus: riega mi limbo en mi noche solitaria
de laureles y rosas con tu dedo sedeño
y serás, desde entonces, mi Dea pasionaria.

Soneto

SONETO*

Por ésta Isla verde y frondosa pasó un día
el Príncipe lozano que orlara nuestro idioma
con el barroco cisne y la onírica paloma
y cosas otoñales de azul versallería.

Versó con Pan de musas y de filosofía
brindando con el néctar, allí, de Grecia y Roma
en una copa helena brillante y policroma,
y oyendo de las aves agreste sinfonía.

Amó la fronda espesa y el canto rebosante
de esta isla de ensueño de plomo y col diamante
rodeada por las aguas bermejas del Mar Dulce.

¡Si vuelvo tras tus pasos, Rubén, y tras tu acento,
las cuerdas de tu lira armoniosamente pulse
la mano gemebunda e indócil de este viento!

23-12-2017

*Escrito en conmemoración del paso de Rubén Darío por la isla Martín García, en donde, en 1893, compuso su famosa "Marcha triunfal".

¡Rea!

Rea, la Diosa
del Tíber, de Rómulo y Remo
la madre próspera y fecunda,
so del áurico cielo reposa;
prodigiosa visión y verso supremo
para el joven rapsoda y su lira fecunda.
Dale a aquél su mirada profunda
¡un dulzor de primavera!,
o un gran cielo que fuera
fino tul para bellos ojos,
y encontró en sus labios rojos
miel de amor que melifica
su valor, y lo enciende y multiplica.

Exprimen las manos ilustres que mecen a Roma
las dulces y afables vides de sápidos racimos.
"Contemplar su beldad: ¡oh gloria!", dice una paloma;
y otra: "¡Para envolver con la mirada existimos!".

¡Feliz el pusilánime y desdichado el fuerte
en las luchas fragosas de amores incesantes:
Rea corona al campeón y cual en un vaso vierte
en el corazón de éste claveles y diamantes!

Placidez de piel blanca,
magnífica como la nieve,
en Ella se encuentran la fe y los placeres
en el espasmo de su beldad pura y franca.
Se estremece y se conmueve
por la búsqueda de Ceres,
por todas las sombras macabras.
Vale más que mil palabras

su mirada delatora:
so el bláncor de la áurea aurora,
por Amor vela su seso;
por probar de nuevo en la dulce hora
del rapsoda lampiño su caricia y su beso.

Semblanza de la humilde provinciana

Es la humilde y hermosa provinciana
de su provincia la joven más bella;
al pasar, cuando el sol de la mañana,
tibio candor su juventud destella.

Despierta en las guitarras melodías
que se entonan en las noches serenas,
cuando la luna en lentas agonías
viene a llevar las provincianas penas.

A su paso, los buenos provincianos
rompen el aire con algún suspiro.
Y su aroma hasta los montes lejanos
siéntese fresco a la hora del retiro.

De vahos sabrosos siempre impregnada,
sabrosos platos cocina en su rancho:
un rico pan o abundante empanada,
cuando acechando pasea el carancho.

Con su madre se pasa por los trigos
cual una augusta canéfora griega,
y su canasta repleta de higos
so el sol tropical al cielo se entrega.

Es la humilde y hermosa provinciana;
la que irradia candores de inocencia;
la que va, cuando el sol de la mañana,
enamorando con su presencia.

El azor de Gengis Khan

A Leonardo M. Algarin

En Tartaria, o en Manchuria o en la China,
por llanos inmensos do febo culmina,
pasea de caza el gran Gengis Khan.
El verde total de la vasta llanura,
aquel patio inmenso do el viento murmura,
se turba y se inquieta; ¡las aves se van!
El tártaro pasa sembrándole abrojos
y miedo a los niños -feroces sus ojos-
que atinan a huir y los campos correr.
Lo mismo remedan los buenos pastores,
las nobles matronas, patriarcas señores
que corren y corren a más no poder.
Y va el soberano de infame mirada.
Su rudo corcel y el resol de su espada
alarman al grillo y al buen ruiseñor.
Y va Gengis Khan, el audaz soberano,
que azora a las gentes blandiendo su mano,
pues trae en su puño a su impávido azor.
Cual címbalos suenan los cascros sonoros
de aquél ígneo equino de pieles de oros
que, torvo, amenaza con su trepidar.
Y el ave, cual roca, inmutable se muestra
(su aspecto voraz y su mira siniestra
espantan a un niño que corre al azar).
Carmín su color, de límpido plumaje,
el ave rapaz, el campeón del coraje,
atisba orgulloso cual sol de marfil.
Acecha las hierbas y flores del monte;
consume su vista sin fin ni horizonte
los regios topacios del gran sol de abril.
El soplo del aura flamea tranquilo;

y el ave de Khan, cual fugaz refucilo,
realza su vuelo de aplomo triunfal.
Despliega sus alas de rojo sangriento,
y el cuerpo intangible de aquél suave viento
recibe del pico su rauda puñal.
El ave imperial de las alas sedeñas
del cielo divisa a las gentes pequeñas
rehuyendo a sus alas de rojo punzó.
Los nimios gorriones se van a sus nidos,
en donde las hierbas de toscos floridos
que el soplo del aura a elevar ayudó.
Le abren su paso los cirros del cielo,
y al paso ceráuneo de aquél áureo vuelo
pacíficas aves se van en tropel.
Se van con remilgo a algún cielo distante
en busca de azules de tono diamante,
con vientos tranquilos y aroma a laurel.
Percibe él los piores que antaño jocundos,
de arbustos y flores aromas profundos
y el fin de las olas que vienen del mar
(de enclenque su paso y su boca sonora).
El ave de Gengis que todo lo azora
contempla la tarde en su regio volar.
Por entre las nubes que fueran cual tules,
el rey de los cielos de arcanos azules
asoma sus rayos -!sonríe el gran sol!-.
Divagan las aves en dulce armonía
rehuyendo al azor y la triste agonía
de ser conquistados por hosco mogol.
Detiene su vuelo y orondo se posa
encima de un árbol con hojas de rosa,
matices de verde y retazos de azur.
Y el aura que gime a sovoz tiernamente
deshoja las débiles hierbas de Oriente
con céfiros suaves que vienen del Sur.
Y nadie se atreve a arrojar su saeta...,

ni quieren tampoco accionar vana treta,
pues témenle al ave de cruel tempestad.
Las trémulas manos sin nada vencidas
no ven que en sus puños están encendidas
la agrega Justicia y la gran Libertad.

Heros

¿Es delirio, demencia o espejismo de oro?
Siento un tumulto y veo, ¡oh maravilla!,
a Pegaso que vuela con su casco sonoro
y unos largos cabellos sobre regia buhardilla.
Veo a Cipris radiante de la mano de Anquises;
a Hebe que danzando y cantando está en el pensil.
Y a Anfitríon que recibe de lejanos países
a los héroes del mundo con los rayos de abril.
Van guerreros y reyes por un verde a la griega
(Marco Antonio le ofrenda a Cleopatra, la egipcia,
los nelumbos que Arturo en estéril refriega
los recoge a granel para oronda novicia).
A la voz de Minerva confundida en las flores,
corresponden los héroes con sus testas viriles:
Coriolanos y Macbeths, D'Artagnanes y Thores,
Alejandros, Herakles, Gengis Khanes y Aquiles.
Unos llevan alfanges, otros casco y coraza.
Van Aníbal y César, y en sus puños la rosa.
Junto al Cid, que va ondeando su blasón y su maza,
sobre el lomo de Babiéca va Gimena dichosa.
Deyanira animosa lleva a Herakles a cuestras,
pues los Doce trabajos lo hubieron de fatigar.
Las Amazonas a Aquiles, todavía molestas,
le persiguen sus pasos para hacerlos cesar.
¡Las preseas y lauros al que trajo abolida
la saeta y el arco que son de Pentésilea;
y al que fuese al misterio con su luz encendida
y volviera ataviado del león de Nemea!
¡Al que a un yugo dispuso de un león y un cordero,
cual lo hiciera Cyrano, paladín de Gascuña,
que fundió a la benigna luz del haz del acero
con el don del poeta, y feliz los empuña!
Maceró el su penacho impregnado en champaña,

cuando a la tierna Roxana robóle una sonrisa;
cuando Darío cantóle a su paso en España
con su lira de oro al amor de la brisa.
Dumas declama con aliento de capa y espada
las proezas de D'Artagnan y los tres mosqueteros,
mientras siente la risa de una flor animada
que contenta se posa en los brazos de Eros.
Desplegando en los aires el fulgor de su pluma,
a los ámbitos llena de perfumes de Francia.
Sus héroes, que surgieron cual Cipris de la bruma,
danle al alma del triste amor, valor, fragancia.
Versión viril de Cipris, te ha de amar o de odiarte;
batallando en Coriolos vi yo al gran Coriolano,
imitando en sus gestos a Neptuno o a Marte,
con el brío que Shakespeare le ofreció de su mano.
¡Salve a éste héroe, al gran bardo de la Britannia,
al que exalta donceles a los pies de la bella;
predilecto de Erato, de Caliope y de Urania,
quien galante le obsequia de su cielo una estrella!

Así van los héroes con su buena fortuna
con sus rostros jocundos y por dentro un secreto.
Para saber tal secreto creo y juzgo oportuna
la creación de este verso, que es de ansias repleto.
Todos héroes con lauros decorando sus sienes.
¡Gloria bien merecida, merecidos los ramos!
Dinos, héroe, una cosa: tal secreto que tienes,
que en los tiempos que corren tanto necesitamos.

2010

Prometeo

Vieron el Cáucaso blanco y un núbil poeta
eslabones forzados por un brazo potente;
Prometeo aguerrido, celeste anacoreta,
tiene fuego en su pecho, la tristeza en la frente.
Son sus hombros herákleos, son sus bíceps de atleta;
portentosa su espalda de cíclope valiente;
y en la cúspide blanca do el arcano concreta
languidece soberbio; ni a la brisa ya siente...
Es la fiesta del torvo que torvo se entroniza
donde el solio alevoso, do la sangre y ceniza.
Caronte es la soberbia; mancilla el Ideal.
Ya vendrá cuando Herakles, en grandiosa campaña,
tras los Doce trabajos y fundar otra España,
diga al águila torva: "Va mi flecha inmortal".
2010

Madrigal VIII

Porque tú ya no sonrías,
amada, divina Musa,
esa estrella se rehúsa
a brillar cual mil rubíes.

Porque tú ya no sonrías
en mis sueños yo confusa
te vislumbro, amada Musa,
cual envuelta en organdíes.

Tu sonrisa, amada, un día,
cuando leda "disertó",
me hizo ver que te quería;

una magia en mí brotó.
Fuera digna su armonía
de Da Vinci o de Watteau.

Diademada

Yo sé de una princesa cordial -oh maravilla-
tan magnífica, tan linda, tan digna del cantar.
Su altar es la balaustra real áureo-amarilla;
una Cólquida nueva es su palacio sin par.

Con la mano apoyada en su rosada mejilla,
vécela suspirando, tan propensa al soñar.
Una angélica luz en su mirada le brilla;
una mueca señala que está triste de esperar.

Esa visión tan sublime, dariana, lugonezca,
transfigura en fortuna lo que fue compunción.
Su faz inmarcesible como una rosa fresca

y dulce, serviráme de heurística evasión;
y según Bienandanza o el sino que merezca
el nuncio anunciaráme a expensas del bufón.

Parisién

A Rubén Darío, in memoriam, en el aniversario de su natalicio.

Paseándose en la nieve de la tarde azulada
(la majestad del Sena testigo de su paso),
vese a Rubén Darío pensando en la jornada
en que vió entre esas brumas el vuelo de Pegaso.

La actividad de la urbe París, la iluminada,
vierte su esencia y magia cual champaña en fino vaso,
mientras posa el poeta su exótica mirada
sobre vagas doncellas venidas del Parnaso.

El mentor en ensueños, el amante de viajes,
contempla monumentos y artísticos carruajes,
y faroles que anuncian de la tarde su fin.

Y modernos y antiguos ornamentos del coche;
y antes que pronuncie sus matices la noche,
dále un canto a los cisnes con bohemia de gin.

(¿2009-10?)

Pompadour

Pompadour por quien suspira
algún Monsieur en su desvelo,
en el suave violoncello
o en la estancia de la lira,
tu perfume se respira
que es la esencia de la lis;
y en el mágico país
pregonó una anciana loca
que en las fresas de tu boca
saborea uno a París.

Norberto Osvaldo Algarín,
de Canciones para Erato, 2015
D. R.

Acuérdate de mí

A la manera de Lord Byron

No pases, por favor, indiferente
jamás junto a mi lecho sepulcral;
recita una oración y dulcemente
acuda el llanto tu pupila a nublar.
Cuando el Alto Señor tronche mi vida,
abraza mi recuerdo con vigor,
y lleva sobre el pecho, bien ceñida,
la rosa del doncel que más te amó.
No deje, por favor, tu generosa
candidez de arrullarme con bondad
cuando gélido, inerte, en fría losa
vaya mudo el misterio a escudriñar.
¡La luz de tu visión no me abandone
que temo del olvido su labor!;
y el llanto de tus ojos sólo abone
aún en ultratumba nuestro amor.

El unicornio

*"Un cheval! Vite un cheval...
Mon rouyome pour un cheval"*
Shakespeare

Batió el Pelión con su casco de oro;
convirtiéndose en vigía del Parnaso;
tal es mi unicornio cuerno de oro,
hermano arcano del viejo Pegaso.
Es su albor de raras rimas la urna;
su elegancia remedo de armonía.
En su grupa una hada taciturna
meditaba, cantaba y se reía.
Fue delicia de los nobles teutones;
compañero fino de los centauros.
Pentesilea, numen de canciones,
le acicaló con sus radiantes lauros.
Cuando supo de ese príncipe rubio
que se adornaba y cantaba en germano,
detrás del Rhin, sobre el azul Danubio,
confirióle su lomo del arcano.
Ciñéronse a sus ancas como rosas
mariposas, nunca el cuervo ni la abeja;
la beldad de sus crines luminosas
dulces memorias y recuerdos deja.
Junto a él descubrí que hay en su cuerno,
superiores al rubí y al diamante,
las delicias del duende bueno y tierno
y el secreto ideal de Rocinante.
Él no fue de cuadrigas ni literas;
su cabriola, como la de ninguno;
su dorada giba en las primaveras
fue el elemento que extasió a Neptuno.

Amado Nervo

Éste egregio eremita creó todo un sistema
que ha de ser en el seso celestial como humano:
buscar el talismán, que es una mágica gema,
en la virgen selva o en el inmenso Océano.
Insiste en que el misterio de halla en un poema;
pregona en su retórica preceptos del arcano.
Él dice Venus: Diosa; Himeto: miel y crema
y asiente el gerifalte que ciñóse a su mano.
Él asoma en las auroras con un fulgor divino
y vuela con dos alas: Amor y Pensamiento;
y adula los designios de Venus, que es su Dea.
Oculta luego el rayo de antiguo sacramento,
y terso, como un ángel de aspecto sibilino,
promete a los mortales un ensueño. Así sea.
(2013)

La canción de los piratas

Si las historias de aventuras
y conquistas gústante a tí,
yo de antiguas literaturas
una estupenda descubrí.
Y del recuerdo de mi infancia
(héros, esmeralda, rubí),
viene la fragante fragancia,
porque cuando niño la ví.

Iba un barco de piratas
por las aguas de altamar.
Unos llevaban por patas
palos frescos de Myanmar.
Eran torvos, eran fuertes;
no acostumbraban reír.
Escaparon de mil muertes,
siempre ahí de sucumbir.
Recorrieron todo el mundo,
no tuvieron patria al fin;
vivieron en lo profundo
de su viejo bergantín.
En mis sueños, cuando niño,
todo esto yo lo ví.
Lo recuerdo con cariño
(héros, esmeralda, rubí).
Fuentes lluvias y tormentas
ese barco soportó;
bravos mares, olas cruentas
y arcadas de azur-punzó.
En los mares de la China
soportó recio tifón,
que a las costas de Argentina

lo llevó de refilón.

Recorrieron las Antillas,
Indostán y Singapur.

Ocultaron sus cuchillas
en raros mares del Sur.

En mis sueños, cuando niño,
todo esto yo lo ví.

Lo recuerdo con cariño
(héroes, esmeralda, rubí...).

En la costa sur chilena,
cuando al paso por ahí,
vieron esbelta sirena
ostentando un alhelí.

A unos piratas malayos
se enfrentaron con furor,
cuando el sol fijó sus rayos
en las cumbres del alcor.

Bombardearon la alcazaba
de un tirano, injusto rey,
que a su pueblo aprisionaba
con su infausta, inicua ley.

En mis sueños, cuando niño,
todo esto yo lo ví.

Lo recuerdo con cariño
(héroes, esmeralda, rubí).

Enterraron un tesoro
en la isla de Timor.

Tal era el clave sonoro
de un jocosos emperador.

A un tal Horuc Barbarroja
divisaron desde Argel
inspirándoles conjoga
a marinos de un bajel.

Cofres llenos de diamantes
con aroma a inmensidad
conquistaron los amantes

de la augusta libertad...

Todo esto, cuando niño,
en mis sueños yo lo ví.

Lo recuerdo con cariño
(¡héroes, esmeralda, rubí!).

Tal el cofre del tesoro
que en mis sueños descubrí;

las preseas, todo el oro
te confío sólo a tí...

(2011)

Lindamira

(cuento nocturno)

Tirsis: Érase una vez
una linda
marquesa de blanca tez
y labios que de la guinda
su terso color tenía:
Lindamira, la marquesa
(dicen, prima de Harmonía),
la de labios de frambuesa.
Tiene un sueño
la marquesa Lindamira:
que el risueño
marqués por quien suspira
con su lira
se presente a su ventana,
y a la luz de la mañana
con voz fina y temblorosa
dígale: "Mi soberana,
para ti mi blanca rosa".
Por tal sueño pide y reza;
su tristeza
no tiene alguna medida.
¿Dónde está tal serafín?
¿Dónde está el apolonida
marqués? ¿En qué confín
batalla? Mientras, se seca
el jardín
de la fina aristocracia,
y Lindamira
en su rueca
suspira y mira
hacia

su encantada biblioteca.
Es la noche, y la marquesa
luego posa su azul vista
en la entreabierta ventana;
mira, presa
de nostalgia, la amatista
estrella de luz pagana.
Y ésta buena le presagia
la ventura,
y Lindamira una magia
de ternura
siente en su blanco corazón.
Una anónima visión
sobreviene de embeleso,
venturosa y halagüeña:
que el marqués apolonida
le convida un dulce beso...

La marquesa ahora sueña,
la marquesa está dormida...

Eco y Syrinx

ECO Y SYRINX

A la selva fría y muda
donde se halla eternidad,
fui yo en busca de las notas
de la zampoña de Pan.

Y en la boca tempranera
de una ninfa singular
adoré la vibración
de una música orquestal.

Eco: ninfa de las cumbres:
soy poeta, ¡soy tenaz!:
dí quién tiene los arcanos
del canto del egipán.

-¡Pan...!

A la selva fui por notas
de la zampoña de Pan.

Syrinx, ilustre y fecunda:
yo sé bien que do tu hogar,
como un ídolo impertérito,
aquilón gusta cantar.

Dí las notas, dí el arpeggio
de ese arcano musical;
que bien sabes que a la postre
quiero hacerme yo inmortal,
como Nervo, cual Jiménez
o el filósofo Renán.

Sé benévola, oh Syrinx,
divino cañaveral.

A la selva fui por notas
de la zampoña de Pan.
Con risas todas las rosas
y el mar de cantarlo han;
y las ondas de la fuente

con sus voces de cristal.

Y a la sufriente princesa
el majo y rubio galán.

Eco: resuene en la gruta
del afelpado animal.

Syrinx: que Eolo le exija
son a tus cañas de paz.

-¡Sea!

-¡Ea...!

A la selva fui por notas
de la zampona de Pan.

Quiero hacer versos no oídos
por los mortales jamás;
versos raros... Y de ellos
erigir mi Arco triunfal.

Syrinx: dame tus sonidos
y tus arpegios. -¡Tomad!

Y Eco: que éstos resuenen
de los tiempos más allá.

-¡Ya...!

D. R.

Facundo Jones Huala

Éste lonko indomable de antigua gala,
que audacia, fuerza, ímpetu y valor rebosa,
defiende el sacro suelo donde reposa
la raza que aún, pretérita, ecos exhala.

Si lanza su alarido inmortal iguala
al guerrero fantástico de verso y prosa.
Yo ofrézcole mi lauro, junto a una rosa,
al bravo del Wallmapu: tal Jones Huala.

Y en tanto que mis loas pulo y medito,
que se expanda el broncíneo son de su mito
y sea para el huinca timbre de azote.

Que indómito arremeta, pregone y luce,
y un día en la llanura trémula brote
la evocación intrínseca del gran mapuche.

Edelweiss

Así, como un mármol, hipnotizada
por Helios vestido en crisoberilo,
la nívea flor en tosco peristilo
reverbera, de espasmos abrumada.

En la grave heredad duérmese en vilo
con barbárico vértigo de almohada.
¡Ay del cierzo!, ¡y ay de la atribulada
brisa si enturbian la paz de su asilo!

Fíngese mohína cual desvirtuada
o bien encinta en su grácil estilo
según su capricho la flor nacarada.

Sobre tal hierba mis versos oscilo,
y como un fauno de obscena mirada
preparo el "rapto de amor" con sigilo.

La galena

Al hablarme tus labios de divina doncella,
como música harmónica de ideal violoncelo
escuchaba tu voz de oceánide, de cielo,
como absorto. De pronto, dos pregones de estrella

conturbaron mi seso causando dulce mella:
¡refleje en tus ojos de inocente desvelo!
La plática no oía, quedé mirando el suelo
por causa del abismo de la atmósfera aquella.

Quedé mirando el suelo ocultando mis sonrojos
y exclamando en silentes arrebatos "Sus ojos...".
El sol, tras la ventana, que se iba asomando;

mi madre -Dios lo quiso- que spleen convalecía;
tu elocuencia; ¡tus ojos! Tal recuerdo de cuando
mi alma pudorosa exclamó que te quería.

Hastío

HASTÍO

¡Qué viejo estás, Sileno!

¡Qué viejo estás!

Más límpido es el cieno

que tu frente y demás.

Muy lenta vas, tortuga...

¿Qué no puedes correr

como Atalanta que subyuga

o como Lucifer?

Qué sucio está mi sayo...

Ya no brilla el rubí

que orlaba como un rayo

y hacía un dios de mí.

Esténtor, no estés mudo;

¡con cien voces gritad!

a ver si así sacudo

a esta mustia ciudad.

Oh Dios, ¿A dónde vamos

y de dónde venimos

con nuestros yertos racimos

de llantos y de reclamos?

¿Para qué tanto empeño

ponemos, corazón,

si la vida es un sueño?

(O peor: ¡es ficción!)

Inefable

Ya no siento la voz inmaculada
que en bíblico tronar fuera mi aliento;
ni véola a Esperanza; sólo siento
la ausencia abrasadora de Su fe.
Perdí la rienda azul de mi cuadriga
y anarquía hoy asfixia mi gobierno.
Mi antigua cornucopia hoy es un cuerno
vacío y putrefacto que boté.

¡Qué vil y engañadora que es la vida!
te entrega con amore a los gusanos
de imprevisto, y te empuja con sus manos
al arcano sin luz de algún desván...
Yo, a la labor de la vida resignado,
revisto mi coraza de Maldito
y sigo mi camino de proscrito
a la luz de la buena Aldebarán.

Cabe en mi alma cierto influjo...

Cabe en mi alma cierto influjo
de brisa y misa celestial
cuando el fardo de hiel empuja
hacia un abismo sepulcral.

Entre carrara y mármol jonio,
soy un Hamlet que gusta oír
los monólogos de un demonio
con pretensiones de faquir.

Sobre mi sien, la dura espina
da libre acceso a mi estertor...
¡Señor, que mi estrella declina,
tu luz alúmbreme, Señor!

Divagación

Yo erraba por la silente, frondosa alameda
cuando aquél imprevisto que respondí con creces
sobrevino: ví a la cándida y radiante Leda
junto a un albo Cisne de ademanes corteses.

Tal sucedido lo he de recordar mientras pueda.
Díjome aquella: "Veo, joven, que desvaneces;
la ausencia de la rosa y la heráldica moneda
te hacen ver el mundo con barnices ciertas veces.

Pero ve hacia aquel viejo que enrolla el pergamino;
él alienta bajeles con su soplo divino
y noveles corona con su fresco laurel".

Y se fue como el humo con el Cisne altanero...
Yo le dije a aquél viejo -resultó ser Homero-:
"¡Le confío yo el remo de mi frágil bajel!".

Devaneo silvano

A Medardo Ángel Silva, poeta modernista ecuatoriano,
in memoriam

En mi tierra ecuaroriana,
tierra fuerte, tierra sana,
yo paseaba una mañana.
En el cielo terso y suave,
con solemne y gesto grave
se paseaba un majo ave.
En un viento de justicia,
yo sentía la delicia
de aquél cierzo y su caricia.
Unos versos componía
en mi seso. ¡Gloria mía!
Me impregnaba de alegría.
Y ahí que tuve la ventura
de encontrarme una hermosura
de una faz de virgen pura.
A la entrada de la viña
(no recuerdo: ¿en la campiña?),
medio adulta, medio niña,
vi una icónica y hermosa
campesina, pudorosa
cual el tallo de una rosa;
tan angélica y silente
que quedé mudo, inconsciente
y prendado de repente...
Como soy poeta errante,
quise amarla en ese instante
con mi verso más brillante.
Quise amarla y de rodillas
ofrendarle redondillas
entre flores amarillas.
Y sin más cavilaciones

decidí, versos y sonos,
desplegar antiguos dones:
"Me presento, soy Medardo,
soy gentil, también gallardo,
y a sus plantas simple bardo".
La gentil guayaquileña
sonríome y se hizo dueña
de mi ánima sedeña.
Sonríome y enseguida
fue la dueña de mi vida,
que tornose florecida.
Me olvidé de mis abrojos
al mirarme yo en sus ojos,
¡y deseé sus labios rojos!
(Son los labios de mujer
que te invitan, no a querer,
dulcemente a perecer).
Y ahí sentí por vez primera,
en sus labios de hechicera,
de la muerte la quimera.

Urna rosa

Rosa de los siglos, rosa de un día,
de ensueños y entremeses;
rosa roja sangre: ¡corto tu espina
y diamantes te crecen!
Rosa compareciente de las abejas,
en tí las moscas gimen.
En el oscuro walpurgis tú eras
maternal con el triste.
Rosa roja de guerra y de Caínes,
de carne y de deseo,
rosa reina de Otoños y de abriles,
¡de estepas y de inviernos!
Rosa: robas silvas a las princesas
y sus labios esponjas;
las palomas de Venus te interpretan
(y algunas niñas moras...).

Rosa de purpúreo y frágil hábito,
de desmayos y celos:
te animan y eternizan los Machados
en pulquérrimos versos.

Rosa fina, sutil y almidonada,
triunfante de la anemia:
¿no quiso la locuaz reina de Saba
ser rosa más que negra?

Rosa: admiro tus rojos propósitos
que mellan siempre en mí;
tu incienso de suspiros y sonrojos
por siempre hazme sentir.

La copa de oro

Bebe el caro brebaje que ameniza las heridas
en mi copa de oro, en mi áurica copa;
acércala a tus labios de rosas encendidas
mientras fuera Caumantes dirige su gran tropa.
Tocóla con sus manos el mágico rey Midas;
vertieron su ambrosía Ganimedes y Europa.
Si dudas de mis versos fatales, parricidas,
pregúntale a Caumantes que allá fuera galopa.
En mi copa de oro volcaron ninfas gratas,
para tus finos labios de rosas y escarlatas,
un medio de Alegría y un medio de Pasión.
("¡No os atreváis, orfebres, a imitarle sus talles,
ni vosotros sus orlas, barrocos de Versailles!";
tal dije a los bohemios de Arcadia y Alencon.)

Cantata del amor pueril

Al timbre de los recreos
se inician cosas hermosas,
y emprenden las mariposas
sutiles revoloteos.

Amor; idilio de escuela;
amor fugaz, primer amor,
que nos inicia en el dolor
y nos inspira la esquila.

Amor que nos da dos alas
para ascender la muralla...

Amor que sólo se halla
en las tiernas colegialas.

Amor de incendios precoces
y que todo lo acapara,
y sonrosa nuestra cara
a las sonrisas y roces.

Tal vez amor que se trunca
por desvaríos y por
los devaneos; ¡amor
que no se olvida ya nunca!

Cántico

En un punto de mi sien
hubo una selva vehemente,
y era azul y transparente,
de apogeo y parabién.

¡Tú incendiaste, niña mora,
con tu beso aquella selva!
¡Ya quisiera yo que vuelva
ese día y esa hora!

Trivialidad

¿Sabed lo que son mis penas?
¡Esquifes de madrugada!
Son las rubias, las morenas,
las espinas de mi almohada.
¿Sabed lo que son mis penas?
¡Esquifes de madrugada!
¿Cómo mis penas arranco?
¿Cómo de pronto me alegro?
Cantándole a un cisne blanco
mientras huye un cisne negro.
Así mis penas arranco,
así de pronto me alegro...

Nocturno

Selene, que me das tu tibio brillo:
extiende de la noche su mortaja,
que haré como Chopin con su organillo
(decirte bellas cosas en voz baja...).

Apóstrofe al Silencio

¿Cómo era aquella azul melodía
de Apolo, o de Filomena la angustia
cantada sobre el árbol?
O el suspiro que el céfiro susurra,
o aún las trompas de bronceos sonos
que como a Jericó bestial sepultan...
¡Cualquier portento sea en esta noche
que rompa este silencio de ultratumba!
silencio inanimado que amilana
a quien arcanos y designios busca...
Silencio: ¡deberías ser un bálsamo!,
y no una Esfinge muda.

La morisco-argentina

La morisco-argentina, tan hermosa, tan linda,
la que mira y suscita el verso más sonoro,
su más cálido encanto: su sonrisa de oro,
a la moderna lira de epinicios le brinda,
que el azul paroxismo de Píndaros deslinda
así como exuberaba la alegría del moro,
que en la marmórea Alhambra, su secreto tesoro,
espera por sus labios de fresa, rosa y guinda.
Con faustos de gobierno desciende la montaña,
y, medio bizantina, va ornada de laureles
la morisco-argentina, flor hermosa y extraña,
cuyos labios conforman detonantes claveles;
quien a América trajo locas zambras de España
y de Himetos antiguos alabastros y mieles.

Becqueriana

Te hallo en la sal marina
y en las notas del laúd;
en la espiga de los campos,
en la palabra virtud...
Y en los versos más hermosos
yo te hallo a multitud,
porque, cual dijera Bécquer,
la poesía... eres tú...

Esquela a una púber prendada

Sé que sabes que te amo.
¡Ya lo habrás de suponer!
Y para rectificarlo
os lo envió en el papel;
que así como son las niñas
con plumajes de mujer,
yo sé que preferirás,
antes de oírme, leer...

Onírica

Puesto que el sueño sólo es tiranía
y oligarquía de mis musas blondas,
si mi amor te persigue no te escondas,
que tiende a disiparse con el día.

No me impugnes mi inocente teoría
fraguada entre mil oníricas ondas:
mi amor, como las rosas más orondas,
se irá con la canción que progne pía.

No se tornan los limbos cerebrales
sino quejas al toque de la diana;
¡así huyen al trombón los animales!

Por tal no temas mi insistencia vana,
que se fulminan los amores tales
con la chispa del sol de la mañana.

Por mi ausencia

¿Qué fue de tu vida alegre
en los años de mi ausencia?
¿Te escoltaron con su luz
mis amigas, las luciérnagas?
¿Has tomado qué caminos?
¿Tropezaste con qué piedras?
¿Cuáles hilos hilvanaste
y cuáles formó tu rueca?
¿Has tenido, como yo, des-
garradoras, tristes pérdidas,
de esas que despedazan
y encierran en torres tétricas?
¿Me has pensado cuántas veces
toda triste, toda trémula?
En las sombras de la noche,
¿me deseaste buena estrella?
¿Has pedido por mi sino
en el atrio de la iglesia
con el duro crucifijo
haciendo de daga enérgica?
Si has llorado acaso, ¿quién,
amor, enjugó tus perlas?
Si has reído, ¿qué bufón
ensayó torpes piruetas?
Di, resuelta y sin rodeos:
¿tienes alguien que te quiera
o pletórica o pobre,
saludable o aún enferma?
Si volviese, ¿turbaría
tu vida toda resuelta,
o, Penélope amorosa,
como a Ulises aún me esperas?

2020

D. R.

Décima Musa (a Rita Lee)

Esta musa es medio diabla,
una vestal-satiresa;
por Talía ella se expresa,
por Calíope nos habla.
Nos deleita por Erato,
por Melpómene recita.
Es audaz, cosmopolita...
Esta musa que retrato
véla ahí; llámase Rita.

Jotabé

Amo la lira apolínea de Grecia
porque la ajada zampoña desprecia.
Esa zampoña de cruel agonía
no es más que de azoramiento, que guía
al país de la cruel Melancolía
donde habita Medusa, diríase.
En cambio la helénica lira la espera
con pagano jolgorio a Primavera.
Esa lira al sollozo menosprecia;
que Orfeo cresco con su melodía,
¿no alzó la piedra y amansó a la fiera?

Íntima

¿Y ahora qué me espera, irresoluto cofrade?...
Si el olvido me acecha y la nostalgia me invade,
¿adónde me dirijo con mi triste reclamo?
Dejé de mi alma un poco en ese fúnebre ramo
que se seca a canícula y que consume la tierra...
Mi sino desconozco y el porvenir me aterra
al ver al derredor como un gran signo maligno.
Madre mía... Me yergo y con unción me persigno
y siento, de repente, mis sentidos en calma:
¡una férrea coraza se me incrusta en el alma
y tengo fe de nuevo y ya no siento el abismo!
Y el clarín de las dianas que llaman a optimismo
con su timbre de bronce me empuja hacia la lucha;
y el rostro de mi madre y Dios -¡que siempre escucha!
me alientan hacia allí porque, sé, me quieren bien...
¡El tiempo hará el milagro! ¡Y la fe en la Cruz también!
Porque hallo en su concurso la luz que nos redime.
Y es tan imponderable y tan grande y tan sublime,
que brilla en mis visiones y de pronto le inspira
hebraicas melodías a mi pagana lira.

Piénsame

Ay, ¿qué meditas ahora,
en éste mismo momento?
-¡El tiempo es un ogro cruento,
la distancia vil señora!-

Yo te pienso... Piénsame
en ésta hora del vano
acometer de Cyrano
y la canción de Musset.

¿Me piensas cuál yo lo hago
en esta noche ignorada,
inventando aquí en mi almohada
versos que formen tu halago?

En éste nocturno inmenso
conmuéveme una honda fe.
Yo te pienso. ¡Piénsame!,
vida mía, que te pienso...

Y si Mab quiere, soñaré
que habitamos un palacio,
y mi sed de amante sacio
en tus vestidos crepé.

¡Piénsame!, que así en mi empeño,
con las estrellas inermes,
vida mía, mientras duermes,
iré a quererte a tu sueño...

Y cual una aparición
o un exangüe pensamiento,
iré a verte a tu aposento.

¡Hala! ¡Bendita ilusión!

Y si oís de tu ventana
algún verso en la corriente,
es mi voz que dulcemente
te susurra "Hasta mañana".

A unos ojos moros

Quiero en estos versos, caprichosa mora,
ensalzar la luz de tu mirada en flor,
porque con tus ojos que son astros diáfanos
se llena mi psique de luz y de sol.
Y porque en tus ojos solo hay armonía,
y beldad y gracia y celestial candor,
por misericordia o por gentil nobleza,
que me alumbren siempre y ¡me los guarde Dios!

Nocturno

Suspéndense las hojas de la copa
y el tiempo pasa lento.
Tinieblas son las horas en que vienen,
como vanos fantasmas, los recuerdos...
Aquel en do ella estaba lastimosamente
a un tiempo llorando y sonriendo,
o aquel en que la infancia se vestía,
queriéndome enlutar, de horrible negro.
Ahí es cuando la hiel se siente amarga
y andar resulta el único remedio.
¿O será que, errante Midas, cuanto toco
por ley ha de yacer así deshecho?
¿Ese es el sino que me corresponde
-ay angustia arcana-, ese es mi lucero?
Oíd lo que una voz me respondiera:
¡Sí!, pues es sino de los que nacieron
beber del surtidor de la amargura
desde el vientre al postrero monumento.

La limosnera

Flor tierna la limosnera,
mas marchita de dolores.
¿Qué sino le habrá tocado
y qué lides cuando joven
que hoy vive de los socorros
de las existencias nobles?
Su mano extendida pide;
su mirar gélido esconde,
y siente de cuando en cuando
la fría esperanza de un cobre.
Ay, quiera la Providencia
que su spes no se deshoje,
y sienta en su alma limpia
la santidad de los pobres.

Númen

Donde anida lo alto; donde anida
la idea de elevarse cual Pegaso;
do el pincel policromo de un ocaso;
la antorcha del spes siempre encendida;

la estrofa de carrara aún no esculpida;
los vahos de perfumes del Parnaso;
la ufana miel; la linfa en áureo vaso;
la ubérrima substancia de la vida;

allí germina en forma silenciosa
-silenciosa, espectral, sino secreta-
como un haz o una chispa milagrosa,

el músico que al númen interpreta.
Allí germina, en lis, laurel y rosa,
en fin, en otros trazos: ¡el poeta!

Muy feliz año nuevo, mis mejores deseos para todos ustedes.

Ditirámica

Soñó raro portento la psique mía:
de la gruta una música exótica se oía.
Los céfiros callaban, mas era en vano:
silvaban los oboes su son pagano...
La selva se envolvió de penumbras finas
y oí címbalos, tambores, ¡voces felinas!
Yo estaba extrañamente calmo y tranquilo
contemplándolo todo desde un peristilo.
Y en éxtasis de pronto me desperté
cuando un sátiro ebrio gritó: ¡Evohé!

Romántica

Si en tu ardor adolescente
un silfo ahogáis en la fuente;
si lloráis inútilmente,
dulce niña, es el amor...
¡Las revueltas mariposas!
Y sobre las blancas rosas
se desangra el ruiseñor
de Wilde en tierno embeleso.
¿Y tú ansiosa por el beso?
Dulce niña, es el amor...

Trino de mar

Soy un clásico. Es mi idea,
mi utopía, mi ilusión...

Fui remero en la Odisea,
navegué junto a Jasón.

Y fui paria y peregrino
y eché mi esquife a la mar.
Navegar, ¡oh don divino!,
¡navegar y navegar...!

Hay un punto en que todos convergemos...

Hay un punto en que todos convergemos,
que es la idea en que todo se concreta:
¡Ve hacia allá con avidez de atleta,
tú que tienes desgajados los remos!
¡Un paso más, y acércate a esa meta
donde se palpan los sueños supremos!,
y a la pálida fe de los blasfemos
contrapone un oficio de poeta.
Es propicio el bemol de los salterios
para arrojar del medio los horrores
y pitorrearse de los improperios.
¡Marcha firme al sonar de los tambores!:
no se hicieron los solios, los imperios,
sino para los "más" y los mejores.

Clichés

¿A qué compararte, mi lady?
¿Qué beldad podrías ser?
¡Cómo he de inmortalizarte
en versos "nuevos", mujer!
Ya el compararte a una rosa
en un horrendo cliché;
¿pero no son tus dos labios
rosas púrpuras también?
¿No son tus ojos luceros
de apacible anochecer?
¿Y tus dos manos no son
fragantes cual un bouquet?
Son aciertos redundantes
estos símiles, lo sé...
Pero acéptalos, mi lady;
te los dejo aquí a tus pies.

A Salta

Es un remanso de aguas tranquilas,
todas sus vetas númenes son,
y se me incrustan en las pupilas
en mi serena meditación.

Aves parleras, sencillas gentes,
montes huraños de eternidad;
árboles, nidos, viñas ingentes,
y como un aura de libertad...

De lo sublime y divino es dueña,
y a toda grey errabunda brinda
su calidez y su faz risueña
Salta, la linda. ¡Salta, la linda!

Cafayate, Salta

04/10/2024